

DAIMIEL Y EL VINO DE LA VIDA

Por J. M.^a G.^a DE VIEDMA

En Daimiel, ese ancho pueblo manchego en el que, además de vino —y supongo que miel—, fué para mí una sorpresa ver la producción arrocera que sus campos ofrecen, tuve la gozosa ocasión una noche de confrontar personalmente algo de lo que ya teníamos referencias sobradas y de asistir a un acto, singularmente sencillo y sincero, de amistad y de gratitud hacia un importante vecino que se les marchaba. Tuve, digo, ocasión de apreciar cómo en la tierra del vino la amistad y la gratitud saben ser el vino de la vida.

Lo primero, lo que tuve la alegría de comprobar personalmente, es el cariño, la devoción y hasta el orgullo que los manchegos sienten por el hombre que Franco mandó para regirles; por el hombre que desde hace dos años gobierna la provincia y estudia y trabaja por ir resolviendo o aliviando sus problemas; que se afana por conocer bien sus hombres y sus hogares, sus ilusiones, penas y alegrías. Tiene que ser así para que ese hombre —escasamente en dos años— se haya metido de tal forma, con tales raíces de sinceridad y hondura —cómo sin intentarlo pude ir viendo y remirando en poco más de doce horas de permanencia en La Mancha—, en los corazones de los hombres manchegos. Ese hombre es José María del Moral, nuestro amigo y antiguo Mando Nacional, y creo que ya está claro el porqué del gozo y la alegría.

Lo segundo fué el hermoso homenaje de orgullosa congratulación y sincero pesar de despedida que los hombres de Daimiel rendían al notario del pueblo, su camarada y convecino José Antonio García-Noblejas, también reclamado por Franco para gobernar una provincia española.

Daimiel está sembrado en la ruta a Madrid desde Ciudad Real. De allí regresaba Ignacio García, Secretario del S. E. U., después de asistir al bautizo del quinto de los hijos de Del Moral— segundo ya de los nacidos en La Mancha—; una María Carmela a la que echó el agua y la sal, con abundancia y buena mano, el padre dominico fray Desiderio Díez de Triana, manchego de Almagro, Capellán casi clásico del Campamento de Covaleda, casamentero si los hay, apoderado o así de un novillero granadino, conversador infatigable, propietario de una humanidad impresionante y amigo entrañable del entero Frente de Juventudes. Un fraile casi fabuloso.

Regresábamos de Ciudad Real, digo, y en Daimiel hicimos alto con Del Moral, que volvía allí con su familia, invitados por él a quedarnos a ese homenaje que iba a rendirse a García-Noblejas. El que fuera con su familia se debe, amigos a que Del Moral se ha hecho tan íntegramente manchego, se ha compenetrado de tal modo y manera con la tierra que rige, que a la hora de pensar sitio donde veranear se trasladó con los suyos a este Daimiel blanquísimo, que en su honor, sin duda, ha conseguido ya dar varias veces la máxima temperatura. Pero allí le tenéis tan feliz, e incluso diciendo eso de que por las noches refresca algo, «pero no molesta». Y así como no consiente que delante de él se beba otra cosa que no sea vino de La Mancha, emplea su dialéctica —que sabéis que no es precisamente mala— para convencernos que no hace calor. Y lo consigue, ¡ya lo creo! Algo nos habló sobre una nueva Orden que está naciendo, precisamente al calor de esa estupenda temperatura manchega. Para ingresar en ella hay que demostrar el más absoluto desprecio hacia el sol de agosto, por ejemplo, en La Solana, y construirse entre las calcinadas eras un chalet de veraneo; o acudir a un tendido de sol en la fiesta de toros con la buena camiseta de felpa bajo la camisa; comerse una «paella» el 25 de julio, ricamente sentados bajo el absoluto sol, o algo así. Siempre a base de mucho sol y mucho más desprecio. La Orden la ha bautizado José María con el buen nombre de «Mancharabis» y la vaticinamos un gran porvenir. Y quién sabe si hasta logrará con el tiempo convertir a Daimiel en ciudad de veraneo, con festivales de música, cine y teatro, al estilo de esas ciudades del Norte en las que hay que armarse de desprecio hacia el frío y la lluvia...

Pero vayamos con el homenaje que Daimiel rindió a José Antonio García-Noblejas. Como es de rigor, se trataba de un banquete. El placer de los banquetes ya sabéis que debe medirse no por la calidad y abundancia de los manjares, sino por la reunión de los amigos, por la conversación, por la temperatura de cordialidad y afecto y el espíritu de sinceridad que los preside. Es ahí donde radica su verdadero encanto. Este, confieso que lo tuvo como pocos. Bajo los chorros de la luz neón, que por cierto ya ha llegado a casi todos nuestros pueblos, la comida tuvo lugar en los jardines del extraordi-

nario Instituto Laboral que allí ha sido construido, y del que otro día os hablaré, porque bien lo merece.

En torno a García-Noblejas estaba un centenar de hombres de Daimiel y también algunos de pueblos cercanos, según me enteré. Allí el Alcalde, y el cura —un venerable anciano que se emocionó mucho—, y el comandante del puesto, y los maestros, los médicos y los farmacéuticos, y gentes del comercio y la pequeña industria y hombres del campo. Muchos hombres del campo —de esos que saben amarlos como a algo cálido, entrañable y humano— recién regresados de la faena. Y con todos ellos, casi como uno más, saludando a todos familiarmente por sus nombres, con la campechanía de buenos amigos, el Gobernador falangista nuestro camarada Del Moral.

Comenté esto con unos vecinos de mesa.

—¡Ah! —me dijeron—. Pues igual hace en todos los pueblos. En ninguno baja de dos docenas los vecinos a los que conoce por nombre y apellidos.

Seguimos hablando. Pensé sobre aquella buena verdad de que tanto valdrá uno cuanto quieren los demás, y que para que quieran se les ha de ganar la boca por el corazón. Sin duda, con el suyo ha ganado a La Mancha Del Moral. Porque no hay hechizo como el buen servicio, y para ganar amistades el mejor remedio es hacerlas.

Parece que García-Noblejas es también un hombre así. En Daimiel lleva ejerciendo siete años y el pueblo entero es su amigo. Un día le hizo Del Moral Presidente de la Diputación manchega, y en poco más de un año se ha ganado el cariño de toda la provincia. Hombre justo, inteligente, activo, emprendedor y honrado, medidor de sus derechos por la vara de sus deberes, García-Noblejas, llegado a la política en auténtico acto de servicio y sacrificio, supo ser el más leal y valioso colaborador de Del Moral y eficientísimo servidor de la provincia. Y así, todos lamentaban su marcha. Por lo que oí, hay buenas razones para anticipar a la provincia de Castellón, que es la que García-Noblejas va a gobernar, la más segura enhorabuena. Porque es todo un hombre ejemplar el que La Mancha les envía. Un hombre al que van todos a echar mucho de menos. Pero La Mancha sentía también la alegría del más alto servicio que el paisano iba a prestar. Una rueda de abrazos y apretones de manos, ponía fin a aquel cordialísimo acto.

Una ligera brisa comenzaba a mover las hojas de los árboles. Pero era una brisa que no molestaba. ¡Palabra!

De «Juventud»